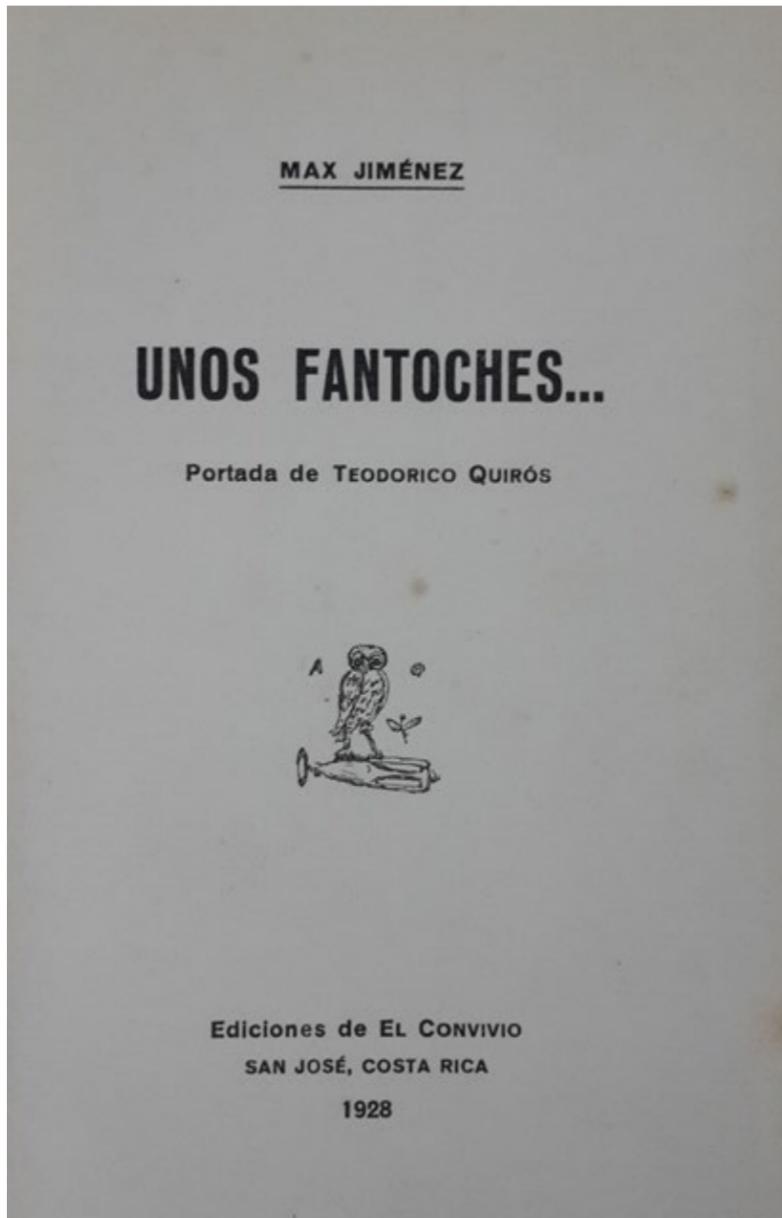


Max Jiménez



Arte breve es el que Max Jiménez realiza en su primera novela Unos fantoches ... publicada en mil novecientos veintiocho.

Cree el artista que todo relato puede hacerse en pocas y bien escogidas palabras. En este diminuto volumen, con cuatro pinceles de un impresionismo seductor, demuestra la eficacia de su manera de pensar.

Despiadado con los muñecos que hace bailar en el pequeño retablo, al parecer de las maravillas. Es temerario consigo mismo y con el público, dos personajes que, en intervenciones inesperadas, ayudan al desenvolvimiento de la comedia que va deshaciendo los títeres inconscientes.

Maese Pedro; otro no sería digno de mover los hilos del pequeño tinglado, abre la cortina que puede ser hasta un pañuelo perdido, quién sabe dónde, por una dama que seguramente iba huyendo. ¿De un amor? ¿De un desengaño? Ambos incitan a llorar. En las dos ocasiones el perfumado y diminuto pañuelo habría prestado magníficos servicios.

En la vida muerta de una capital de provincia, ávida de embrollos, aparece un señor escritor de versos románticos y de tragedias más románticas todavía. Descarnada la figura. En una inútil aspiración, llega a jugar un papel importante en la comedia, sin pensarlo siquiera.

Ella, la rubia espiga nacida en una isla ardiente del trópico, cree vivir una existencia en la que algo, mucho, falta. Las meditaciones literarias del marido no alcanzan a satisfacer las ansias insaciables que el amor alienta la bella dominadora de ajenas voluntades.

Sin cerrar el polígono, porque no siempre han de ser tres los lados de las figuras simbólicas de la vida matrimonial, aparece el otro, un señor sin ocupación fija, si no es la de creerse muy importante, entre los hombres de negocios y entre las mujeres, de negocios también.

El público, en el fondo del escenario, sustituye al coro de la tragedia clásica. Observa, sonrío, murmura, critica, compadece, despierta pasiones allí en donde no las hay. Se convierte, en una palabra, en el gran galeoto.

Cerrando el cuadro, una mujer, amante pero no amada, pretende ser la única, protesta porque le afirman que el hombre con quien vive adora a la rubia de los íntimos deseos tropicales.

El autor de comedias se transforma, por voluntad del público que reemplaza al coro clásico, en uno de los fantoches los cuales, poco a poco, van hilvanando cuanto, al principio, parece ser una farsa y ahora se orienta, en una ola confusa de interpretaciones, hacia la tragedia.

Vanidad del escritor que no quiere ser compañero con aquellos maridos a quien la murmuración señala sonriendo, entre burlona y compasiva. Vanidad del amante que desea ser persona de importancia desmedida. Vanidad de la dama que se preocupa por matar el tiempo, aunque, en esa inofensiva diversión, ahogue en angustias insospechables, la presunción del marido y las exigencias de la mujer desconocida. Vanidad del público que se entusiasma al ver que soplan, cuando menos son de esperar, enloquecidos vientos de escándalos. Orgullo en el autor a quien le encantan las sinfonías inconclusas, los relatos a media hacer, todo cuanto permite al lector o al espectador, imaginarse una crisis, discurrir un desenlace.

Los fantoches han de perderse, por voluntad del ilustre novelista, en una espesa nebulosa de dudas infinitas. El público no acepta ese artificio teatral; quiere poner y les nombra a cada uno de los títeres. Además, no les permite que mueran así no más. La tragedia de los fantoches humanos ha de seguir adelante, hasta la consumación de los siglos y las máscaras del público seguirán riendo con cruel entusiasmo.